

«Juan Pablo II nunca me dijo "esto no lo comuniqué"»

Publicado: Domingo, 24 Abril 2011 08:34

Escrito por Joaquín Navarro-Valls



Entrevista a Joaquín Navarro-Valls, su portavoz durante 22 años

ABC (Entrevista de Juan Vicente Boo)

VIDEO:

">[Biografía de Juan Pablo II](#)

"Juan Pablo II era optimista, no obstante todo, porque sabía que al final de la historia humana está Dios, y no el vacío de la nada"

Joaquín Navarro-Valls, médico y periodista, es la persona que el mundo entero ha visto junto a **Juan Pablo II** a lo largo de sus 22 años como portavoz del Papa que ahora llega a los altares. Navarro-Valls y el cardenal de Cracovia, **Stanislaw Dziwisz** —secretario de **Karol Wojtyla** durante 40 años— son los dos testigos privilegiados de la extraordinaria dimensión humana y espiritual de **Juan Pablo "el Grande"**.

Nacido en Cartagena, doctor en Medicina por la Universidad de Barcelona y licenciado en Periodismo por la de Navarra, Joaquín Navarro-Valls era corresponsal de ABC en Roma en 1984 cuando el Papa se fijó en él y le llamó para pedirle algunas sugerencias: «Pensé que iba a ser sólo una hora... ! y fueron 22 años en el Vaticano!».

Psiquiatra, periodista, portavoz de dos Papas, ensayista y escritor, Navarro-Valls es doctor *Honoris Causa* por numerosas universidades de Europa y América. Políglota, atlético, bronceado, sonriente y cordial, la "voz" de Karol Wojtyla preside ahora el Consejo Asesor de la Universidad Campus Bio-Médico de Roma.

Doctor Navarro-Valls, la presencia de Juan Pablo II ha permanecido viva incluso después de su fallecimiento. ¿Cómo la nota usted?

Es evidente su presencia, y no sólo en la riqueza de su magisterio y de sus escritos. Sigue siendo muy amado por millones de personas. Casi se diría que continúa su misión recibiendo cada día en las Grutas Vaticanas decenas de miles de visitantes.

Pero ¿no echa en falta su presencia física?

Pocos días después de su fallecimiento me preguntaron en una rueda de prensa si lo echaba de menos. Ya entonces dije: «No, no le echo de menos, sencillamente porque antes, según el trabajo que había, estaba con él dos o tres horas al día. Ahora, en cambio, puedo estar en contacto con él 24 horas al día. Le pido consejo, le pido que me ayude...».

Veintidós años trabajando con Juan Pablo II es un período muy largo. ¿Qué le han dado esos años? ¿Qué le han dejado como herencia?

Juan Pablo II era el mejor testigo de lo que él mismo decía. Por eso su ejemplo es su mejor herencia. Pero si debiera reducir a una idea toda su riqueza, diría que se aprendía con él a tratar a la persona humana por lo que cada uno es y no por lo que cada uno tiene como simpatía, belleza, recursos etc.

¿Cuál es su recuerdo más intenso?

Quizá el último, la despedida ya sin palabras, cuando su final era muy próximo. Como todos los días, yo estaba en la habitación, entre otras cosas porque había que seguir informando sobre su estado. Fue una despedida silenciosa. Nos miramos a los ojos y quedó todo dicho: no se sentía la falta de las palabras. Cuando murió, sucedió en esa habitación algo muy revelador. Al fallecer el Papa no se inició una oración por su alma sino un *Te Deum* de acción de gracias por su vida, una vida muy rica que terminaba su fase terrena en ese momento.

¿Cómo era Karol Wojtyla en privado?

En privado era como se le veía en público. Pero diría que era aún mejor: un hombre enamorado y un cristiano cuya peculiaridad personal era su intensa relación directa con Dios

Juan Pablo II decía que sólo se le podía entender "desde dentro". ¿Cuál era el rasgo principal de su personalidad?

La que puede tener una criatura que es consciente de quién proviene y con quién permanece unido continuamente. Por eso su persona y su espiritualidad eran magnéticas, atractivas. Poseía muchas virtudes, que mejoraban cada día porque nunca dejó de luchar por vivir lo que esas virtudes exigían. Pero esa gama extraordinaria de virtudes no entraban en colisión unas con otras: había entre ellas una integración magnífica. Por ejemplo, no sabía perder un minuto pero, al mismo tiempo, nunca tenía prisa; nunca le vi tenso o ansioso. Yo recuerdo de modo especial su buen humor, su sonrisa. Incluso en ocasiones en las que todo parecía requerir las lágrimas.

En sus 104 viajes internacionales, Karol Wojtyla enseñó al mundo a rezar en público. ¿Era también intenso cuando rezaba en privado? ¿Es cierto que rezaba postrado en el suelo?

Una vez, cuando se creía solo en su capilla privada, le vi cantar frente al sagrario. No eran canciones litúrgicas sino baladas populares en polaco. En algunas ocasiones se le veía efectivamente rezar postrado en el suelo.

¿Era un místico?

Tenía una intensa presencia de Dios, pero alimentaba su oración con las necesidades de los demás. Le llegaban mensajes de todo el mundo, y los tenía en el reclinatorio de su capilla. Le he visto pasarse horas de rodillas con estos mensajes, uno a uno, en la mano, sobre todo tipo de sufrimientos y necesidades. Pero sabía también dar gracias por tantas cosas buenas. Creo que en la oración no se ocupaba de las cosas "suyas" sino de las de los demás. Y confiaba mucho en la misericordia de Dios. Por eso su beatificación va a tener lugar en el Domingo de la Divina Misericordia, una fiesta que él instituyó y en cuya víspera falleció.

¿Se puede decir que fuese también un estoico? ¿Cómo era su mortificación?

No era un moralista rígido ni un estoico. Sus mortificaciones eran muy frecuentes, pero sobre todo, ordinarias. Pequeños sacrificios como rechazar sin darle mayor importancia la cama que le ofrecen en un vuelo

intercontinental, retrasar beber agua en países de calor sofocante y cosas así. En algunos períodos del año hacía una sola comida al día. Y la víspera de una ordenación episcopal o sacerdotal ayunaba siempre.

¿Cuál era su secreto de comunicador?

Su eficacia comunicativa se basaba más en lo que decía, que no en como lo decía. Diría que la verdad de lo que decía se veía también en el modo expresivo como lo decía.

¿Pero cómo conseguía capturar siempre las cámaras?

En 1987, durante un viaje a Estados Unidos, un periodista del *New York Times* dijo «*el Papa domina la televisión simplemente ignorándola*». No preparaba la escenografía, no aceptaba maquillaje, no prestaba atención a las cámaras ni a las luces, sino sólo a la gente. La gente que, para él, era siempre una persona concreta junto a otras personas singulares.

¿Le daba a usted indicaciones concretas sobre lo que tenía que decir como portavoz?

Confiaba en la profesionalidad de las personas que tenía a su alrededor. Por ejemplo, en 1991, me comunicó con detalle que le habían diagnosticado un tumor en el colon que, entonces, se presumía maligno. Su propósito era anunciar días después en el Ángelus, con pocas palabras, que iba a ser internado y que rezaran por él. Y añadió: «*Luego, usted, que conoce los detalles, diga lo que le parezca oportuno*». Tenía mucha confianza en el criterio de cada uno de nosotros. En 22 años no recuerdo que, después de haber tratado a fondo algún tema, me dijera ni una sola vez: «*pero esta información es sólo para usted, no la comunique*».

Juan Pablo II es una de las personas que más ha hablado en público en toda la historia. ¿Sabía también escuchar?

Escuchaba mucho y atentamente, a veces durante largas horas, tanto a los visitantes como a quienes frecuentemente invitaba a su mesa. Más que dar indicaciones, lo que solía hacer era pedir consejos o sugerencias. Luego, naturalmente, sabía decidir.

Los santos suelen tener buen humor. ¿Lo tenía Juan Pablo II?

Entre tantas cualidades humanas tenía también un extraordinario buen humor que iba más allá de un simple rasgo de carácter. Era también el resultado de una convicción, de un interpretar todo con el parámetro de la fe. Era optimista, no obstante todo, porque sabía que al final de la historia humana está Dios, y no el vacío de la nada.

Usted le acompañó en muchas escapadas "secretas" a las montañas cerca de Roma. ¿Cómo era Juan Pablo II en un día de excursión?

Es una pena que no hubiésemos hecho algunas más, pues el peso del trabajo y de la responsabilidad en aquel mundo tenso de los años ochenta era tremendo. Solíamos salir por la tarde en un coche anónimo, atravesábamos el tráfico endiablado de Roma y tomábamos una autopista hasta una casita pequeña en las montañas. Dormíamos allí, y a la mañana siguiente el Papa esquiaba unas horas o caminaba. Y nadie le reconocía porque nadie podía imaginarse al Papa esperando el telesilla. Eran pocas horas, pero era una delicia.

Usted le acompañó en viajes a 160 países. ¿Cómo preparaba esos viajes?

Dedicaba más tiempo a prepararlos que a hacerlos. Se enteraba en profundidad sobre la situación de cada país,

su geografía, su historia, sus etnias, sus idiomas, etc. Dedicaba meses o semanas a estudiar el idioma de un país, incluso los más difíciles. Recuerdo que en Japón pronunció todos sus discursos y homilias en japonés... Una vez me explicó de modo sencillo por qué viajaba tanto: *«Antes la gente iba a las parroquias. Ahora es el párroco el que tiene que ir a visitar a la gente»*.

¿Cuál fue el viaje más importante?

Hubo muchos muy importantes, como los de Polonia, por ejemplo. Pero a mí me impresiona el que hizo a Azerbaiján, una ex república soviética en el Cáucaso, cuando ya no podía caminar, tenía más de 80 años y muchas dificultades para hablar. El número de católicos en ese país era inferior a 200, pero quiso ir porque consideraba que ese puñado de católicos tenía también derecho a estar con el Papa.

¿Y el viaje más peligroso?

Probablemente la visita a Sarajevo, que sufrió retrasos y fue muy difícil de preparar por motivos de seguridad. Poco antes de aterrizar nos informaron que Juan Pablo II no podría ir en *papamóvil* sino en helicóptero desde el aeropuerto hasta el centro de la ciudad, pues las fuerzas de Naciones Unidas acababan de descubrir en un puente una cantidad alta de explosivos. Se lo dije al Papa, pero él preguntó: *«¿Hay gente esperando en el recorrido?»*. Le dije que sí, y entonces respondió: *«Pues se hace como estaba planeado»*.

Usted negoció personalmente con Fidel Castro el histórico viaje de Juan Pablo II a Cuba en 1998. ¿Fue una oportunidad perdida para Castro?

Yo tuve que ir antes para clarificar con Castro varios aspectos que no estaban claros. Fue un encuentro muy largo, desde las ocho de la noche hasta las dos de la madrugada. Durante el viaje, Castro mostró gran cortesía y agradeció los discursos del Papa, incluso en los temas en que no estaba de acuerdo. Aquella visita fue el inicio de un reconocimiento más pleno de la Iglesia y de los católicos en Cuba.

Usted viajó a Moscú en 1988 para entregar a Mijail Gorbachov una larga carta personal del Papa. ¿Cómo fue la posterior visita de Gorbachov al Vaticano y su juicio sobre el papel de Juan Pablo II en la caída del Muro de Berlín?

La visita de Gorbachov fue un encuentro extraordinario: la primera vez que un Secretario General del Partido Comunista Soviético visitaba a un Papa, y el modo en que se entendieron. Aquel mismo día el Papa me dijo: *«Es un hombre de principios»*. Aunque Gorbachov ha reconocido en público el mérito del Papa, el gran protagonista de la caída del muro de Berlín fue él, ya que mantuvo la promesa de no intervenir militarmente en los países del Pacto de Varsovia y evitó también una reacción militar de Berlín.

¿Se puede decir que fue el Papa de la dignidad de la persona, el Papa de los derechos humanos?

Todo su pontificado ha sido una defensa de la dignidad trascendente de la persona humana. Y lo reconocen incluso personajes muy alejados de la fe católica. Las únicas veces que le vi *“indignado”* lo estaba ante las situaciones de violencia como en el Líbano o en los Balcanes. Sufría viendo que no lograba impedir la invasión de Irak, a la que se oponía con todas sus fuerzas.

Desde la primera misa como Papa en la plaza de San Pedro, Juan Pablo II siempre tuvo un rato para saludar a los enfermos. ¿Qué significaban para él?

El tema es muy profundo: hizo del sufrimiento humano y la enfermedad los grandes cómplices de su Pontificado. Por eso tenía un gran amor a los débiles y los enfermos. Les sonreía, les acariciaba, les saludaba siempre uno a uno. No tenía miedo del sufrimiento físico, que a veces es inevitable, ni de los sufrimientos morales grandes o

pequeños: el hijo que te da un disgusto, el amigo que te traiciona... Tampoco tenía miedo al dolor o a la vejez, como se vio a raíz del atentado de 1981 y en los últimos años de su vida, cada vez más afectado por el *Parkinson*.

Era también el Papa de la "teología del cuerpo"...

Fue una de sus grandes contribuciones, junto con muchas otras. Amaba el cuerpo humano porque es a través del cuerpo como el ser humano se inserta en la historia. Y ese cuerpo, el propio y el de los demás, merece respeto pues no es sólo un conjunto de tejidos sino la condición histórica de la persona. No tenía miedo al cuerpo sino al contrario. Tocaba a los enfermos, acariciaba y bendecía a las mujeres embarazadas. Besaba, abrazaba, hacía deporte, aplaudía, cantaba... Yo creo que su libro sobre la teología del cuerpo —*"Hombre y mujer los creó"*— es ya un clásico no sólo del pensamiento cristiano sino de la antropología filosófica.

¿Hablaban alguna vez en español?

Hablábamos en italiano, que él había declarado *"nuestro idioma"* la primera vez que se asomó al balcón de la basílica de San Pedro. Pero de vez en cuando iniciaba conversaciones conmigo en castellano. Y siempre era que me iba a gastar una broma. Como ya dije, tenía el don del buen humor.

¿Cómo veía Juan Pablo II a España?

El hecho de que visitara España cinco veces es ya elocuente. Conocía muy bien su historia y su literatura: recuerdo todavía estupendas conversaciones con él hablando de autores clásicos y modernos españoles. También era consciente de algunas ambivalencias en su historia.

Ahora que sube a los altares, ¿Escribirá usted su libro de recuerdos personales de un santo?

Toca usted un tema que me pesa y que siento como un imperativo moral. Tengo unas 600 páginas de notas tomadas a lo largo de aquellos años... Mucho se ha ya escrito sobre él, pero su persona, su rico perfil humano está todavía, al menos en parte, por descubrir.

En abril del 2005, los fieles gritaban "Santo súbito!", "¡Santo, ya!". La beatificación es el primer paso. Y después... ¿santo cuándo?

Cuando Dios quiera. Pero entre tanto hay algo que podemos hacer: aprender de él a vivir.

Enlaces relacionados:

[Hacer simpática la virtud](#), referencias a una entrevista a Joaquín Navarro-Valls, en el diario italiano *La Stampa*

[Así vi yo a Juan Pablo II](#), *lectio* de Joaquín Navarro-Valls, en su investidura como Doctor *Honoris Causa* por la UIC

[Tres claves del mensaje de Juan Pablo II](#), de Joaquín Navarro-Valls

["La muerte de Juan Pablo II"](#), especial de ABC